



100 MITOS de la

historia de **MÉXICO**

**FRANCISCO
MARTÍN MORENO**

AGUILAR

MADERO NUNCA GOBERNÓ POR LOS ESPÍRITUS

A MEDIADOS DE 1854 LA VIDA DE HIPPOLYTE Léon Denizard Rivail cambió por completo. El descubrimiento de los espíritus y de las mesas que giraban por la acción de los fantasmas lo hicieron abandonar sus tres antiguas profesiones: a sus cincuenta años ya no sería más un pedagogo, sus estudios lingüísticos irían a parar al cesto de lo insertible y la medicina perdería totalmente su sentido. Hippolyte tenía nuevos objetivos: explorar el más allá y descubrir sus vidas pasadas. Durante tres años se adentró en el mundo de los espíritus y así pudo saber que en una vida anterior se había llamado Allan Kardec. Pronto comenzó a publicar sus hallazgos y el 18 de abril de 1857 las librerías mostraron en sus vitrinas *El libro de los espíritus*, una obra que no firmó con su verdadero nombre, sino con el de Allan Kardec. El mito había nacido, y junto con él, el espiritismo reclamó un espacio en la mente de algunos occidentales.

Posteriormente la “nueva ciencia” conquistó miles de adeptos, por lo que su fundador se vio obligado a definirla

con precisión en su manual *¿Qué es el espiritismo?* Según Kardec, sus ideas tenían una doble vertiente, por una parte eran la “ciencia que trata la naturaleza, origen y destino de los espíritus, así como sus relaciones con el mundo corporal”, y por la otra eran la filosofía que “comprende todas las consecuencias morales que dimanen de estas mismas relaciones”. Gracias a esta dualidad el espiritismo de Kardec asumió una serie de principios que se consideraban como ciertos y fundamentales:

- Dios existe y es único.
- Los espíritus existen y cada hombre posee uno.
- La reencarnación es inobjetable.
- Es posible comunicarse con los espíritus.
- La ética se basa en la “ley de causa y efecto”, según la cual nuestra condición actual es el resultado de nuestros actos pasados.
- La Tierra no es el único planeta del universo que posee vida.

A pesar de los dictados del sentido común, el espiritismo —según se afirma en *La curación por el espíritu*, de Stefan Zweig— ganó millones de adeptos en el Viejo Mundo y Allan Kardec, incluso tras su muerte ocurrida en 1869, se convirtió en una suerte de gran profeta y de guía para establecer relaciones con el más allá. Los círculos espiritistas alcanzaron una gran popularidad y por lo mismo no resulta extraño que un joven mexicano se acercara a ellos para hacer “el descubrimiento que más ha[bía] hecho por la trascendencia de [su] vida”. Ese joven era precisamente Francisco I. Madero.

MADERO, EL ESPIRITISTA DEMOCRÁTICO

En 1886 Madero inició una larga estadía en Francia con el fin de llevar a cabo los estudios universitarios que requería para administrar la cuantiosísima fortuna de su familia: primero se inscribió en el Liceo de Versalles y luego en la Escuela de Altos Estudios Comerciales. También se asomó a la Exposición Universal de París para admirar los adelantos de la civilización en todo el mundo. La inauguración en esas fechas de la torre Eiffel, sin duda alguna, constituyó un evento inolvidable. Él, cuando menos en apariencia, sólo se estaba formando como hombre de negocios, pero un día cayó en sus manos la *Revue Spirite* e inició su carrera espiritista gracias a las obras de Kardec. “No leí esos libros —afirma Madero en sus brevísimas *Memorias*—: los devoré, pues sus doctrinas tan racionales, tan bellas, tan nuevas, me sedujeron, y desde entonces me convertí en espírita”.

La lectura y el contacto con los grupos espiritistas pronto hicieron efecto en el joven Madero: luego de algunos esfuerzos descubrió que era un médium escribiente, pues una vez en trance podía escribir lo que le dictaban desde el más allá. Francisco I. Madero escuchaba voces, y ellas lo cambiaron por completo; no en vano llegó a afirmar que “la transformación moral que he sufrido la debo a la mediumnidad”. Uno de los mexicanos con los que trabó una fortísima amistad en París, Juan Sánchez Azcona, observó estos cambios en su escala de valores y nos legó una imagen del futuro presidente en su libro *Pensamiento y acción de Francisco I. Madero*:

Aparte de la historia, le preocupaba la teosofía. Sufren un gran error los que, por ligereza o por espíritu de crítica y burla, han

considerado a Francisco I. Madero como un espiritista de tres al cuarto, de los que sólo se dedicaban a consultar el trípode. Madero exploraba los misterios del Karma y era muy erudito en filosofía hindú. Conmigo poco hablaba de esas cosas [...] Madero me llamaba "materialista".

Sánchez Azcona, que unos años más tarde se incorporaría al gabinete de Madero, tenía razón: don Francisco no era un espiritista improvisado, sino un verdadero estudioso de esa disciplina.

EL REGRESO DEL ESPIRITISTA

Madero regresó a nuestro país y continuó con sus creencias espiritistas, gracias a las cuales logró comunicarse con Raúl, su hermano muerto. Raúl se convirtió en su guía y Francisco comenzó a cambiar sus hábitos: dejó de fumar y de comer carne y se sometió a una suerte de ascetismo. En una de las sesiones espiritistas de aquella época, Raúl le dijo a Madero —cuando menos esto es lo que sostiene la versión oficial de los hechos— que él tenía una misión en la vida: socorrer a los necesitados.

Francisco lo obedeció casi de inmediato y comenzó a curar a sus peones por medio de los saberes espíritas: un poco de mesmerismo, algunas sesiones de sonambulismo y unos cuantos chochos homeopáticos podían salvarlos de casi todos sus males. Madero hacía el bien a diestra y siniestra, pero Raúl aún no estaba totalmente satisfecho: quitarle las fiebres cuartanas o las dolencias a uno de los peones no bastaba para que su hermano lograra los altos fines a los que estaba destinado. Por ello, varios meses más

tarde el hermano muerto le indica el rumbo que debía dar a su vida, un hecho que Madero anotó con gran cuidado en sus documentos espíritas: “Aspira a hacer [el] bien a tus conciudadanos, haciendo tal o cual obra útil, trabajando por un ideal elevado que venga a elevar el nivel moral de la sociedad, que venga a sacarla de la opresión, de la esclavitud y el fanatismo”.

El mensaje de Raúl era más o menos claro, y Francisco —casi con seguridad— dedicó varios días a analizarlo con el fin de descubrir su significado preciso, pues no podía equivocarse en su interpretación. La respuesta no tardó en llegar: la única manera en que lograría elevar “el nivel moral de la sociedad” y “sacarla de la opresión, de la esclavitud y el fanatismo” era adentrándose en la política. Francisco no dudó en seguir esta indicación de su hermano muerto. Esta decisión no era tan extraña, pues el 5 de junio de 1902 —según sostiene José Natividad Rosales en su libro *Madero y el espiritismo*— el espíritu de Raúl les había dicho a los miembros del grupo:

Ustedes que siempre han luchado por la causa de la libertad, por la justicia, ustedes deben ahora comprender una lucha más grandiosa, contra la ignorancia [...] ustedes deben profundizar en el estudio del espiritismo a fin de que se familiaricen con él y puedan revelar estas sublimes verdades a los materialistas que no tienen ningún freno y a los fanáticos religiosos que tienen un freno tan fuerte que no los deja pensar ni elevarse [...] sí, amigos, ustedes deben ilustrarse a fin de que puedan ilustrar a los demás.

Así, desde los primeros años del siglo xx Madero comenzó a realizar distintas actividades políticas bajo la guía de los

espíritus, pero esta nueva actividad, que no contó con el beneplácito de su familia, no lo alejó de sus trabajos con el más allá: Francisco asistía a mítines y reuniones, apoyaba a candidatos o se postulaba para ocupar cargos públicos, y además continuaba con sus lecturas, devoraba las páginas de la revista *La aurora espírita*, mantenía una nutrida correspondencia con sus correligionarios y en más de una ocasión escribió artículos para *La grey astral*, los cuales firmaba con el pseudónimo de "Arjuna", el protagonista del *Bhagavad gita*.

LA REVOLUCIÓN ESPÍRITA

En 1907 Francisco contactó a otro guía espiritual: "José", quien al parecer no tenía ideas muy distintas de las de su hermano muerto, aunque quizás era un poco más insistente. A pesar de las derrotas electorales, José y Raúl animaban a Madero para que no se rindiera, e incluso comenzaron a orientarlo para que mejorara su formación política: "lee historia de México [...] a fin de que principies tu trabajo", le dictó uno de ellos, mientras que el otro le hizo una revelación: "1908 será [...] la base de tu carrera política". Madero, como era de esperarse, siguió sus órdenes sin chistar: leyó a los historiadores, dejó el alcohol, abandonó la plácida costumbre de la siesta y decidió comer poco, y luego de algunas semanas de preparación espiritual se lanzó a redactar su gran obra: *La sucesión presidencial en 1910*.

Durante los siguientes tres meses Francisco trabajó brutalmente en la redacción del libro que estaría destinado a cambiar el futuro de México; los incesantes dolores de

cabeza y los “ataques oftálmicos” no lograron detenerlo. Incluso, como parte de la purificación que requería para escribirlo, renunció a sus “instintos” durante aquellos tres meses. *La sucesión presidencial en 1910* no se escribió como una obra cualquiera: fue concebida como un acto de fe y, aunque no hay pruebas de ello, es posible que muchas de sus páginas se escribieran gracias a la “mediumnidad” de su autor, pues durante la redacción de su obra Madero observó, hasta las últimas consecuencias, las reglas de vida del espiritismo y siguió el plan de estudios que, en cierto sentido, le revelaron los espíritus José y Raúl.

Francisco I. Madero, no hay duda, fue un demócrata, pero su pensamiento no tuvo sólo un origen político: sus ideas también fueron animadas por los espíritus que lo impulsaron a hacer el bien a sus conciudadanos y a adentrarse en el estudio de la historia. Madero el demócrata también es Madero el espiritista. No en vano él anotó lo siguiente en uno de sus documentos personales: “pienso escribir un libro sobre estos asuntos [*i.e.* el espiritismo]. Quizá al terminarse la campaña de 1910 o un poco más tarde, a menos que los azares de la lucha me lleven a un calabozo, en donde podré dedicarme con toda calma a escribir mi libro”.